Antonio Fernández Arreo

REMORDIMIENTOS

DRAMA

en cuatro actos y cinco cuadros, original y en prosa

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905

440.5

REMORDIMIENTOS

DRAMA

en cuatro actos y en prosa

ORIGINAL DE

Antonio Fernández Arreo

Estrenado con éxito en el TEATRO ROSALÍA CASTRO de Vigo, la noche del 5 de Enero de 1905

MADRID

G. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1905

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
PAULA, 24 años	Sra.	Cirera.
LUISA, 20 ídem		Martín Gómez
TRIFONA, 60 ídem		Guijarro.
RESTITUTA, 60 ídem		Rovira.
RUPERTA, 26 ídem		Esterg.
JUANILLO, 28 ídem	Sr.	Viñas.
SEÑOR JUAN, 30 ídem		Núñez.
SEÑOR PEPE, 40 ídem		Casanova.
ATILANO (portero), 64 ídem		Avilés.
PACO, 22 ídem		Brochado.
TOMÁS, 22 ídem		Piñeira.
ROMUALDO, 48 ídem		Valentín.
SEÑOR ROMÁN (afilador), 50 ídem		Piñeira.
MANOLO, 30 ídem		Valenzuela.
INSPECTOR 1.º		Brochado.
DOS NIÑOS de 5 á 7 años		Corcuera. Galinier.
APRENDIZ, 14 ídem		Sánchez.
INSPECTOR 2.º		
DOS AGENTES QUE NO HABLAN.		

Carpinteros, vecinos y vecinas

La acción en Madrid.—Época actual

ACTO PRIMERO

La escena representa el interior de un taller de carpintería con tres bancos y herramientas distribuídas en la escena. A la derecha puerta que comunica con las habitaciones interiores. En el fondo, puerta de entrada al taller. Izquierda, primer término, piedra de afilar junto á la cual estará Juanillo sentando el filo a una herramienta. Derecha, también primer término, el Aprendiz calentando el tarro de la cola. Tomás, Paco y Romualdo trabajarán, al levantarse el telón, en los bancos distribuídos en escena.

ESCENA PRIMERA

JUANILLO, PACO, TOMÁS, ROMUALDO y APRENDIZ

ROM ¡Anda, chico, date prisa!

APRENDIZ ¡Entoavía no está caliente!

ROM Pues no tarda que digamos en caléntarse.

TOM. Mete candela, chico, porque si no te la va á arrimar á tí el señor Romualdo.

PACO (A Tomás.) Oye, Tomás, ¿tiés un pitillo?

TOM. (Saeando la petaca.) Tengo varios... ¡Camará! paece que te ha hecho la boca un fraile... Toma, y no seas pelma, que tú acostumbras á repetir como los pimientos de lata.

PACO Ya te lo devolveré en cuanto compre.

ROM. Pues entonces siéntate, Tomás, porque éste fuma de gorra y está de morro con todas las estanqueras.

PACO ¡Qué mala lengua tienes!... Juanillo, ¿tiés lumbre?

JUA. Ya lo creo, como que estoy echándola por todas partes. Estoy más quemao que San Lorenzo. (Dando las cerillas á Paco, el cual encenderá el cigarro, sentándose en un banco.)

TOM. ¿Qué te sucede, hombre?

JUA. ¡Qué me ha de suceder! Que entre el maestro y el encargao van á conseguir que se me olvide el oficio. Todas las ñapas que traen al taller, pá Juanillo... ¡pá Juanillo!... Como si yo fuera el chapúz de la casa.

PACO (Devolviéndole las cerillas.) ¡Eso no! Que tu obligación la sabes como el primero.

ROM. Es porque tienes mucha paciencia pa esas cosas.

JUA. ¡Pues ya se me va concluyendo!... Y luego todo ¡á la carrera! como si fueran buñuelos que no hay más que echarlos en la sartén y á la media vuelta están fritos.

TOM. Pues, chico, ya sabes... cuando no se puede, no se puede, que los hombres no somos máquinas.

JUA. Así es; pero á mí no me gustan moscardones al oído. Me pudro la sangre y me quemo la figura... y pa comer media hora por rematar la tarea, y encima malas palabras.

ROM. Pues á palabras necias... (Al Aprendiz.) ¡Pero chico, ¿está la cola?

APRENDIZ ¡Ya va! (Colocando el puchero sobre el banco.)

PACO ¡Chico... tráete el botijo, que con tanto sudar!...

TOM. Ponte unos pañitos de vinagre, que estarás reventao y pué darte el dengue.

PACO Las cosas hay que tomarlas con calma y no apurarse como Juanillo, porque al fin y á la postre todos hemos de sacar lo mismo.

JUA. ¡Si yo tuviera tu carácter! Pero no puedo.

PACO Pues se hace un poder, pa eso es el cálculo...

ROM. Este es un matemático de primera.

TOM. Como que le van á dar la cartera de Hacienda en cuanto se enteren.

PACO ¡Pué ser que la desempeñase mejor que todos ellos!

ROM. Lo que tú tal vez hicieras sería empeñarla. ¡Bonita estaría la nación!

PACO ¡Mejor que está! Pues si ya no nos queda ni aire que respirar. (Tomando el botijo del Aprendiz.) ¿Queréis un traguito?

TOM. Si fuera Valdepeñas, pué ser.

PACO Si fuera Valdepeñas me libraría muy bien de obsequiaros, porque en cuestión de vinos me gustan las economías. (Bebe.)

ESCENA II

DICHOS y LA SEÑORA TRIFONA con un saco vacío

TRIF. (En la puerta.) ¿Se puede pasar?

ROM. Adelante, señá Trifona.

TRIF. Buenos días, hijos míos.

PACO (Dándole el botijo al Aprendiz.) Usté debe tener la mar de gasto, agüela.

TRIF. ¿Por qué, hijo?

PACO Por eso, pa sostener tantos hijos. Es usté la madre de media humanidá.

TOM. ¿Y qué bueno por aquí, señá Trifona?

TRIF. Pa ver si me dejáis coger unas virutillas.

ROM. Bueno, coja usté unas pocas, pero pronto, no sea que venga el encargao y nos largue una bronca.

TRIF. No tengas cuidao por eso, hijo, que ahora está muy entretenido.

PACO ¿Y usté qué sabe?

TRIF. Como que le he visto entrar hace un momento en casa de Luisa, su novia... esa loquilla que le tié chiflao.

TOM. ¿Cuál, la peinadora?

TRIF. Sí, la peinadora; pero que se limpie el señor Juan, que la moza no se peina para él; pica más alto.

PACO ¿Sí, eh? ¿Querrá por lo menos un *Zar*?

TRIF. Como un *zar* mismamente... no, pero un maestro de ebanistería... sí.

ROM. ¿Y quién es ese maestro, agüela?

TRIF. El vuestro. El señor Pepe, que bebe los

vientos por ella, y... ¡vamos! que ella tamién le hace caso.

JUA. Ande usté, tía Trifona, recoja las virutas y váyase con Dios ó con el diablo, que parienta debe ser de él, á juzgar por su mala lengua.

TRIF. ¿Mala lengua?... Pues mira, hijo, si fueras tan rico como es verdá lo que digo, no estarías cepillando trastos viejos.

JUA. ¡Usté si que es trasto viejo!... Siempre ha de estar despellejando al prójimo.

PACO Siga usté, señá Trifona, y no le haga caso, que Juanillo está como siempre, de mal humor.

TRIF. Pues que pegue con quien le tenga la culpa. Yo lo que digo es verdá, y el que quiera convencerse, que orserbe que mientras el señor Juan, el encargao, está en el taller, su maestro visita, con frencuencia, á Luisa, y ayer iba yo por la calle de Atocha á recoger unas camisitas viejas que me había ofrecío una señora caritativa, y al volver la esquina de la plaza de Matute, me encontré á la peinadora y al señor Pepe que, muy amartelaos, salían del café de España.

TOM. Se encontrarían por casualidad, y como el maestro es tan rumboso...

ROM. ¡Claro! la convidaría á tomar algo.

TRIF. Ya le cuesta un pico la tal Luisita, porque todo se le hace poco para orsequiarla, y no es la primera vez que los he visto salir de la horchatería ú de otros sitios por el estilo.

JUA. ¿Toavía no ha concluído usté de rajar, abuela? ¡Como si el encargao fuera ciego!

TRIF. ¡Qué sabes tú, cascarrabias! Los enamoraos, no ven, ni oyen, ni entienden; por algo pintan á Cupido con los ojos vendaos. Pero no creas, no creas, que algo debe sospechar el señor Juan, porque ayer, en la esquina, disputaban acáloradamente los dos novios, y al vuelo pude oir que la decía: «¡Mira Luisa, te has propuesto perderme, y lo vas á conseguir, porque andas por mal camino!»

PACO ¿Eso le dijo? Entonces ciertos son los toros.

TRIF. Y otras cosas que yo me sé y me callo.

JUA. Pues calléselas usté y váyase con Dios, y récele mucho para que la perdone el daño que hace con su boca, que levanta más cantera que la picadura de un escorpión.

TRIF. (Concluyendo de llenar el saco.) ¡Jesús, hijo, y que no has dicho tú náal... Ya me voy, ya me voy; pero el tiempo será testigo, y algún día has de dar la razón á la Trifona; porque hijo, aunque creas otra cosa, nunca me ha gustao levantar falsos testimonios. (Forcejeando para levantar el saco.)

PACO ¡Qué ha de levantar!... Conque apenas puede con el saco.

JUA. Es que ese cuesta más trabajo moverle que la lengua.

ROM. Aguarde usté, agüela, que la echo una mano. (Ayudándola.)

APRENDIZ (Aparte.) Al pescuezo se la echaría yo, que siempre me deja sin virutas pá la escorza.

TRIF. (Con el saco á la cadera.) Muchas gracias, hijos míos; quedad con Dios, y lo que sea sonará. (Marchando.)

TODOS Vaya usté con él.

JUA. O con el diablo.

ESCENA III

DICHOS. Después el SEÑOR JUAN

PACO (Por Juanillo.) Este siempre con su genio, nos deja á media miel de noticias. No servías pa periodista.

JUA Lo que no sirvo es para oir chismes ni cuentos. Cada cual viva como pueda, que bastante tenemos nosotros en qué ocuparnos.

ROM. Si no es por tí, nos cuenta la vida y milagros de todo el barrio.

TOM Como que es la gacetilla de toda la vecindad. (Dan las doce en un reloj.)

PACO (Dejando la herramienta.) A comer se ha dicho, que no es cosa de hacer esperar á los garbanzos.

ROM. Ni á las parientas.

APRENDIZ En cambio, yo, sabe Dios á qué hora me iré. Hasta que le dé la gana de venir al señor Juan.

PACO (Marchando hacia la puerta.) ¡Ya viene, hombre; ya viene!

JUAN (Entrando.) Buenos días, señores; se va comer, ¿eh? No tardar, que ya sabéis que tenemos que entregar pronto esa obra á don Roque.

ROM. En seguida volvemos.

JUAN Y tú, Juanillo, ¿concluiste ese arreglo?

JUA. Todavía no, señor; hay trabajo hasta mañana, para dejarlo bien.

JUAN ¡Pero, hombre, no sé qué haces; no te sale el trabajo de entre las manos!

JUA. Señor Juan, yo no pierdo el tiempo; ni un cigarro he podido fumar en toda la mañana.

JUAN Pues hace falta que eso quede hoy concluído.

JUA. Haré todo lo posible. (Marchan todos.)

JUAN Chico, tráete una cajetilla de cuarenta y cinco. (Dándole dinero.) ¡Nada!... que no puedo hacer perder á este hombre su prudencia, ni que reviente de una vez; y el tiempo pasa, y mi venganza no se realiza, y el maestro y Luisa cada día más amigotes .. y yo, muriéndome de celos, viendo que mi perdición se acerca, y sin poder arrancar de mi corazón este amor que me enloquece.

APRENDIZ Tome usté la cajetilla. ¿Quiere usté algo más?

JUAN Nada, sino que vuelvas pronto. (Mutis Aprendiz.)

ESCENA IV

EL SEÑOR JUAN y LUISA

LUISA (Desde la puerta.) ¿Se puede pasar?

JUAN Adelante, y oye. ¿Desde cuándo necesitas permiso para entrar?

LUISA Desde hace un momento. ¿No has dicho que no querías verme?

JUAN Se dicen tantas cosas...

LUISA Pues échate una chinita en el bolsillo. ¡Se dicen tantas cosas...! que no puede hacerse caso á la mitad de lo que se dice.

JUAN Pero á muchas, sí; y más cuando lo ven los ojos de la cara, y las acciones lo demuestran, y los ojos del alma lo presumen.

LUISA ¿Ya empezamos otra vez? Cuidado que eres terco y machacón. Creí que se te había olvidao la manía, y por eso entré, para hacer desaparecer la última nube de tus celos con una sonrisa, y decirte que esta noche no vayas á verme. La señora Blasa tiene á su hija muy enferma, y me ha pedido, por favor, que vaya á hacerla compañía.

JUAN ¿A la prima del maestro? ¡Luisa! ¡Luisa! ¡No quiero que vayas!

LUISA ¿Y por qué no? si es una obra de caridad visitar á los enfermos.

JUAN ¡Porque irá él... mi maestro, y se quedará también á cuidar á la enferma .. y no quiero que os veais, y menos que por un instante os cobije el mismo techo!

LUISA ¡Já, já! ¡Pero, chico, no te pones poco tonto! ¿Crees que me va á quitar algún pedazo, ó que soy de mantequilla que se derrite con el calor?

JUAN Lo que sé es que una mujer que quiere á un hombre le obedece y le respeta.

LUISA Pero no debe satisfacer impertinencias que á nada conducen.

JUAN ¿Y llamas impertinencias á lo que es sólo demostración de cariño, como el mío, que tú no comprendes porque es avasallador?

LUISA Tu cariño, Juan, no es amor, es tiranía, imposición tan sólo. Las mujeres queremos mucho .. ¡mucho! más que vosotros, cuando no se desconfía ni se duda de nuestro amor. La mujer anhela un cariño noble, desinteresado, leal; sin dudas ni prohibiciones, fundadas en caprichos ó manías ridículas que lastiman el amor propio y obligan á resistir y...

JUAN ¿De modo que tú deseas lo que te prohibo? ¿Ves cómo son ciertas mis sospechas? ¡Mal-

haya el hombre que pone su cariño en quien no sabe estimarlo!

LUISA ¡No, Juan, no! Tú no me entiendes ó no me quieres entender. Te quejas de males que no existen: tu maestro me habla como se habla á una amiga, con atención y respeto; tú das á las cosas distinto valor del que tienen. Con atención me dirige la palabra y con la misma atención correspondo; yo no soy una necia, ni quiero que se me confunda con tantas como por ahí andan sin educación ni vergüenza. ¡No, Juan, no! Tu cariño no puede privarme de que conserve los principios que mi madre me enseñó; mi amor hacia tí en nada se resiente porque honradamente hable con quien decentemente me considera; ¿á qué vienen, pues, tus reproches y tus celos? ¡Nunca! entiéndelo bien, ¡nunca! te obedeceré en lo que me exijas ,si esto pone en duda mi cariño y mi honra.

JUAN ¿Entonces irás esta noche á casa de Blasa?

LUISA Iré, sí, iré; ¿qué inconveniente hay en ello?

JUAN ¿Qué inconveniente?... Para tí, ninguno, porque vas á estar al lado de una amiga y de un amigo á quien quieres; para mí... el de que vas buscando mi desgracia, Luisa; el señor Pepe te ama, no me lo niegues, y tú le correspondes, ¡no me lo niegues, no! tus acciones me lo indican, tu terquedad me lo prueba, ¡oh!... ¡No vayas; no vayas, Luisa, porque si vas, ten en cuenta que te has de acordar de mí!

LUISA Mira, Juan: no me conoces, ni conoces tampoco el corazón de la mujer. El señor Pepe ha sido siempre para mí tu maestro y un amigo atento y cariñoso. Nunca me he fijado en él, ¡te lo juro! Empezaron tus celos injustificados, y lo que en un principio pasó para mí casi desapercibido, me hizo exclamar: ¡por qué, Dios mío tanta obcecación en Juan contra ese hombre! y ¡claro! la curiosidad, el deseo de indagar el por qué de tus dudas, hizo fijarme un poco más en la

persona objeto de tus iras. ¡Juan, Juan! no hagas que mi pensamiento se fije más en él.

JUAN ¿Conque te has fijado en él?... ¡Niégame, niégame ahora que le quieres! ¡Niégame que vas á casa de Blasa, no por ella, sino por él, que va á ser la causa de mi perdición y de la tuya! (Cogiéndola furiosamente una mano.) ¡Te he dicho que no irás, y no irás... no, porque antes te mataré y le mataré á él!

LUISA ¡Suelta, Juan, que me haces daño! ¡Tus cariños no son cariños, son esposas que se incrustan en las carnes!

JUAN ¡No!... ¡No te soltaré hasta que prometas cumplir lo que te he mandado! ¡No se juega impunemente con el cariño de un hombre como yo! ¡Mía tu persona, mía tu voluntad, mío tu albedrío, mío tu aliento!

LUIS (Forcejeando por desasirse.) ¡Lo que las caricias atraen, ahuyentan los rugidosde la pantera, Juan!

JUAN (Zarandeándola.) ¡Llámame lo que quieras, pero dime que no irás!

LUISA ¡No puedo prometer lo que no estoy dispuesta á cumplir!

JUAN ¿No?... ¡Pues toma! (Levanta la mano para pegarla, á la vez que el señor Pepe aparece en el dintel de la puerta.)

ESCENA V

DICHOS y el SEÑOR PEPE

JUAN (Soltando á Luisa.) ¡Ah! ¡El maestro! ¡Siempre él!...

PEPE (Entrando.) ¿Qué es eso, Juan?

LUISA (Dirigiéndose con sonrisa nerviosa al señor Pepe.) ¡Nada... tonterías de éste!... Se empeñaba en quitarme esta flor que llevo en el pecho, y yo por defenderla, le cogí la mano y él forcejeaba conmigo. ¡Ya ve usted, señor Pepe, caprichitos del santo!

PEPE Yo había creído otra cosa, ¡vamos! ¡Como tenía Juan una cara tan fosca!...

LUISA — Este es así, voluntarioso como niño mal educado, que cuando no le dan lo que pide se enfada.

PEPE — Pues dale la flor, mujer, que al fin y al cabo una rosa no merece...

LUISA — No, si la cosa no merece la pena, ¿verdad? (A Juan.) Ya ve usted... (Quitándose la flor y dándosela al señor Pepe.) pero hay que saber pedir.

JUAN — (Movimiento de ira.) ¡Ah!

PEPE — (Ofreciendo la flor á Juan.) No te enfades, hombre... ¡tómala! Con tu permiso, Luisa. (A Luisa.)

JUAN — (Despreciativamente.) ¡Gracias, no la quiero; como esa hay muchas!

LUISA — ¿Lo ve usted? niño mal educado, que no hay quien le entienda. Guárdesela usted, maestro... y hasta luego, que tengo mucho que hacer. (A Juan, con socarronería.) Y que te se pase el incomodo. (Marchando.)

PEPE — (Acompañándola.) No le hagas caso; nubes de amores, nubes de verano.

LUISA — Sí, ya lo sé; pero las nubes de los celos también nublan el sol del cariño. ¡Ja, já! (Mutis.)

JUAN — (Aparte.) ¡Ríete, mujer sin corazón... ríete, que yo también me río de odio y de coraje! ¡Esa flor es vuestra sentencia de muerte!

PEPE — (Regresando con la flor en la mano.) ¡Toma, hombre, toma la flor, que no merece la chica ese mal rato.

JUAN — No... si no tenía interés por ella... Un capricho, como ha dicho Luisa; pasó el momento, se pasó el capricho... eso es todo, señor Pepe. (Arrojando la flor sobre un banco. Aparte.) ¡Cómo la defiende!

PEPE — (Revisando el trabajo.) ¿Y el trabajo de don Roque, cómo va?

JUAN — Mañana estará. Lo que no sé cuándo se concluirá es la compostura que tiene Juanillo entre manos. ¡Hombre más pesado!

PEPE — ¡Pues espabílale, que el jornal no entra por la chimenea!

JUAN — Ya no se le puede decir más de lo que le digo; pero no hay nadie que le saque de sus casillas.

PEPE ¿Que no hay quien le saque?... Pues ya verás si le saco yo y le digo lo que viene al caso. ¡Yo no quiero gandules en mi casa. (Examinando el trabajo de Juanillo.) ¡Y cuidado que es curioso, porque el trabajo que él haga, no hay que ponerle un pero!

JUAN Pero es muy calmoso, y sobre todo muy desahogao. Oye lo que se le dice como quien oye llover.

ESCENA VI

DICHOS, PACO, ROMUALDO, TOMAS, JUANILLO y APRENDIZ

PACO (Entrando.) Buenas tardes.

PEPE ¡Hola, Paco!

ROM. / TOM. / JUA. / APRENDIZ ¡Buenas tardes!

PEPE Muy buenas. A ver si os dais prisa con esa obra de don Roque; y tú, Juanillo, menea esas manitas, que tiene que quedar concluído hoy ese trabajo.

JUA. (Quitándose la chaqueta.) Va á ser imposible maestro, falta mucho.

PEPE ¡Imposible sólo es librarse de la muerte! Si no trabajaras con tanta calma ya estaría concluída desde ayer la tarea.

JUA. Señor Pepe, fíjese usted que la compostura era muy mala, y á mí no me gusta atropellar el trabajo ni hacer chapucerías.

PEPE ¡Lo que no te gusta á tí es hincar el hombro!

JUA. ¡Maestro!... á mí me gusta sudar el jornal que me dan y cumplir con mi deber; y á ver si en el taller hay alguno de mis compañeros que lo hubiera concluído antes que yo.

PEPE ¡Si tuvieras manos como lengua, ni Mendizábal!

JUA. Señor Pepe, yo tengo las dos cosas; boca para decir la verdad y manos para soste-

nerla. ¡Cuando un obrero no conviene se le dice, aquí está usted de más, y se acabó. pero no se le insulta! Todos somos hombres y todos tenemos nuestra vergüenza y nuestro amor propio.

PEPE ¡Ese, ese es el que á tí te falta!... ¡Vergüenza tú!

JUA. (Dirigiéndose en actitud amenazadora al maestro.) Más que usté y más que el que como usté crea lo contrario; y se lo pruebo aquí y en el terreno que quiera. (Los compañeros le sujetan.)

PEPE ¡Dejadle, que me va á comer!

JUA. ¡Yo no como á nadie, ni necesito tampoco que me enseñen mi deber! Si usté la ha tomado conmigo, no sé por qué razón será; pero mientras yo tenga aliento no permito que nadie explote mi sudor como usted quiere explotarlo.

JUAN (Sujetando al maestro.) ¡Juanillo, mira lo que dices!

JUA. A prudente y sufrido no hay quien me gane, y cuando digo una cosa la sostengo porque la digo cargado de razón. En este taller todo lo peor para Juanillo... para Juanillo... el burro de carga que calla y sufre porque tiene cuatro hijos y una mujer á quien adora que mantener, y no tiene más remedio que aguantar por el pan nuestro de cada día; pero maestro, ante los hijos, ante la necesidad y el hambre, está la vergüenza y la dignidad, y esta no es mía sola, es de mis hijos también, y esa... ¡ni usté ni nadie me la ultraja!

PEPE ¡Dejadme, hombres; que voy á enseñarle á ese lo que es la vergüenza y el respeto que un maestro se merece! (Cogiendo de encima de un banco un compás de grandes dimensiones.)

JUA. ¡Ninguno, cuando el maestro no sabe respetar! ¡Soltadle, que no es tan bravo el león como le pintan! (Cruzándose los brazos.)

PEPE (Forcejeando.) ¡Granuja!

PACO ¡Calla, Juanillo!

JUA. ¿Por qué? ¡Que se calle él, que debe dar ejemplo!

JUAN ¡Vete, Juan, vete y no busques un compromiso!

JUA. (Poniéndose la chaqueta al hombro.) ¡Sí, me voy, me voy porque no puedo estar más tiempo donde se me insulta y maltrata! (Marchando.) ¡Ya me voy, maestro, pero algún día nos encontraremos y le cobraré con creces el pan que por su culpa van á comer de menos mis hijos!

PEPE ¡Canalla! ¡Ya sabes que me sobra corazón para esperarte.

JUA. (En la puerta.) ¡Lo veremos! ¡Ya estoy en el terreno en que todos somos iguales, veremos si tiene tanto corazón como orgullo!

PEPE ¡Pero no estais oyendo? (A los que le sujetan.)

JUA. ¡Le juro á usté por el santo de mi nombre, que me ha de pagar la injusticia que hoy comete conmigo! ¡¡Mal hombre!!

PEPE (Luchando por arrojarse sobre Juanillo.) ¡Dejadme!

JUAN (Aparte.) ¡Por fin!

TELON

ACTO SEGUNDO

La escena representa el patio de una casa de vecindad de los barrios bajos de Madrid. Al frente escalera que comunica á los corredores con cuartos numerados; á la izquierda, primer término, puerta de entrada al patio. En el piso bajo cuartos también numerados. Al levantarse el telón aparecerá la señora Restituta, la portera, barriendo; el señor Ramón, afilador; á la puerta de uno de los cuartos bajos arreglando la rueda de afilar, y el señor Atilano, el portero, limpiando el farol de la escalera.

ESCENA PRIMERA

SEÑORA RESTITUTA, RAMÓN, ATILANO y después TRIFONA

REST. (Al afilador.) Señor Ramón, cómo se conoce á los que se acuestan cuando las gallinas.

RAMÓN ¿Por qué, señora Restituta?

REST. Porque nos levantamos también cuando ellas, al amanecer.

RAMÓN Madrugar es muy sano.

ATIL. ¿Sano? ¿Sano en este tiempo en que hace un frío de dos mil demonios? (Soplándose los dedos.) Sano sería estarse en lo calentito hasta las doce de la mañana. ¡Vaya una sanidad! Con el vientecillo que corre tengo las manos como dos sorbetes de fresa; con unos sabañones ¡que ya, ya! ¡Lástima no pu-

diéramos conservar este fresquito para el verano!

REST. Eres un friolero y un perezoso, que como te dejaran, pasarías el invierno en la cama.

ATIL. Sí, Restituta, sí, te lo confieso, tengo esa debilidad. La cama es el mejor domicilio, el mejor escondite, el mejor consuelo, la mejor amiga; en la cama se pasa el mal humor, se concilian las ideas y los matrimonios mal avenidos; y á veces hasta se pasa el hambre sin sentirla.

RAMÓN Eso es verdá. Yo también me estaría otro poco más en la cama si no fuera por el pan nuestro de cada día.

REST. Este con pan y sin pan; porque genio y figura...

ATIL. No pongas motes, Restituta, que luego se queda uno con ellos. (Terminando de limpiar el farol.) ¡Friolero! ¡Friolero cuando paso las inclemencias de Diciembre aguantando los resoplidos del Guadarrama, con este trajecito de dril que me regaló el vecino exterior del segundo, y nada... hecho un copito de nieve, y más fresco que una lechuga... ¡Perezoso! Cuando me he pasado veinticinco años prestando servicio de noche en las montañas de Jaca.

RAMÓN ¿Era usted sereno, señor Atilano?

ATIL. No, señor Ramón; era carabinero. Conque ya usté ve si hay razón para que tenga cariño á la cama cuando tantos años he estado divorciado de ella y sólo nos veíamos. . de *tarde* en *tarde*.

REST. ¡Justo! Todas las tardes.

ATIL. Eso es, todas las tardes, pero un par de horitas nada más, como los novios.

REST. ¿Has concluído ya? Pues ayúdame á quitar estas telarañas, que hay cada vecina... que aunque se enreden al salir no se las mueve el cuajo. ¡Ay! Lo que vale la limpieza. (Limpiando muy deprisa las paredes de los cuartos bajos.)

ATIL. (Dirigiéndose al afilador.) Me tiene consumido con sus limpiezas. A las cinco toca diana con el almirez y arriba todo el mundo; es

decir, ella y yo; y ya tiene usted á un carabinero retirado todo el santo día de cuartelero permanente, sin que se le caigan de las manos los zorros y el plumero. (Al oído del señor Ramón.) En fin, mire usté si será curiosa mi mujer que sabe la vida y milagros de todo el barrio.

RAMÓN Entonces resulta más curiosa que limpia.

ATIL. Las dos cosas, las dos cosas, pero la primera sobre todo. ¿Tiene usté por casualidá un poco de tabaco suelto para un cigarro?

RAMÓN Sí, señor; pero no sé si le gustará porque le gasto fuerte. (Dándole tabaco.)

ATIL. ¿Fuerte? ¡Caramba, ya lo creo! Lo que más me agrada. (Devolviéndole la petaca.) Muchas gracias. (Buscando en los bolsillos.) ¿Hombre, si me hiciera usté el favor de un papelito?

RAMÓN Sí, señor; ahí va.

ATIL. (Liando el cigarro, mientras el afilador coloca la correa en la rueda.) Muchas gracias. Pues ya, señor Ramón, hágame el obsequio de una cerillita, que no he de ponerlo todo.

RAMÓN ¿Querrá usté que lo encienda? (Encendiendo la cerilla.)

ATIL. (Aproximando el cigarro á la cerilla.) Bueno.

RAMÓN (Aparte.) Bien dice su mujer que es un comodón de primera.

ATIL. (Tosiendo.) ¡Ejém! ¡Ejém! Sí que es fuertecito, sí. ¡Ejém! ¡Ejém! A las tres chupadas suda uno la gota gorda. ¡Ejém! ¡Ejém! Entre este tabaco y la morcilla municipal prefiero la morcilla... ¡Ejém! ¡Ejém! ¿No es de cuarenta y cinco, verdad?

RAMÓN ¡Quiá, no señor! Es de colillas regenerás con vinagre.

ATIL. (Tirando disimuladamente el cigarro.) ¡Canastos! Este hombre debe tener blindado el gaznate.

RAMÓN (Echándose al hombro la rueda de afilar.) Conque señor Atilano, hasta más tarde. Voy á tomar la mañana á casa del Rufo, y después á dar voces por esas calles.

ATIL. Conque á tomar la mañana, ¿eh? Eso está muy bien hecho. También la tomaba yo cuando prestaba servicio, pero desde que

solo estoy al servicio de mi mujer me conformo con el olor.

REST. Pero, hombre, ¿todavía no has concluído de charlar?... Señor Ramón, bien podía usté probar la piedra desgastándole un poco la lengua. ¡Jesús qué calma!

ATIL. ¡Ya voy, mujer, ya voy!

RAMÓN Hasta luego, señá Restituta. (Marchando puerta izquierda; al salir da un empellón á la Trifona.)

TRIF. (Entrando.) ¡Animal! ¡Cuidao con el tío!... ¿No tiene usté ojos en la cara?... ¡Por poco me rompe la cabeza con la dichosa bicicleta!

REST. ¿Qué le sucede, señá Trifona?

TRIF. Que el afilador ha empezado hoy á ejercer su oficio conmigo. ¡Qué bruto! (Tentándose la cabeza.) ¡Creí que me había hecho sangre!

ATIL. (Reconociéndola.) ¡No, no la ha hecho á usté nada; pero si se descuida la deshace.

TRIF. ¡Ay, hija, no sabe una dónde la tiene! No semos nadie; y si no que se lo pregunten á ese pobre hombre que mataron anoche en la esquina.

REST. ¡Han matado un hombre dice usté!...

ATIL. Pues si le han matado, cualquiera le pregunta después de muerto lo que le ha sucedido.

REST. ¡Cuándo será el día en que estés callado y no salgas con alguna patochada de las tuyas! ¡Cuente usté, señora Trifona, cuente usté!

ATIL. ¿Seguimos limpiando, Restituta!

REST. Déjate ahora de limpiezas, ¡majadero!

ATIL. (Aparte.) Fíese usted de las limpias ante la curiosidad.

TRIF. Pues, hija, sí; anoche mataron al señor Pepe, al maestro del taller donde trabaja Juanillo, acribillándole el cuerpo á navajazos. A las voces de ¡socorro! acudieron, según dicen, los serenos y guardias de orden público encontrando al pobre señor Pepe agonizante. ¿No han oído ustedes los pitos?...

ATIL. Yo no he oído ninguno desde la corrida anterior.

REST. ¡Quítate allá! Qué tienen que ver aquellos

pitos con éstos... Yo sí los he oído, señá Trifona, pero como este barrio es el de los escándalos, dije... ¡bah! uno de tantos; y no hice aprecio.

TRIF. Tiene usté razón: debiera llamarse el de las injurias.

ATIL. O el de las calumnias.

REST. ¿Y han cogido á los criminales?

TRIF. Dicen que sí; pero ya verá usted cómo todo se queda en nada. El muerto al hoyo y el vivo...

REST. Así es, señá Trifona; hoy la justicia anda por el suelo.

TRIF. Y ya no hay leyes.

REST. Ni hombres.

ATIL. ¡Restituta, que estoy yo aquí!

REST. Como si no hubiera nadie.

ATIL. Tienes razón; que á eso queda reducido un carabinero retirado.

TRIF. Y diga usté, señá Restituta, ¿no ha vuelto todavía esa loquilla de peinadora?

REST. No me hable usté, señora, no me hable usté; estoy escandalizada.

TRIF Una joven soltera pasar la noche fuera de casa... ¡Mayor desvergüenza!

ATIL. Pero, señor, ¿y eso qué tiene de particular?

REST. Para vosotros los hombres, que os gusta el libertinaje, nada; pero para unas mujeres honradas como nosotras, mucho.

ATIL. En este mundo nadie tiene más honra que la que le quieren dar; y á esa pobre chica en vez de dársela, se la están quitando ustedes.

TRIF. ¡Yo quitársela... Dios me libre! Cada cual en su casa y Dios en la de todos, que á mí no me gusta averiguar vidas ajenas.

REST. Este no sabe lo que dice. Ya vería usté cómo chillaba si yo faltase una noche de casa.

ATIL. ¡Y adónde ibas tú á tus años y con esa cara!

ESCENA II

DICHOS y RUPERTA que sale de su cuarto barriendo la puerta y echando todo el polvo á los porteros y Trifona

TRIF. ¡Jesús, hija; qué fuerte te entra! Bien podías ver que estamos aquí, y no somos carros de limpieza.

RUP. ¡Pues quítense ustés de enmedio, que ya son grandecitas pa espantajos!

REST. ¡Oye, Ruperta! El espantajo lo serás tú, y lo que debías saber es que la limpieza se hace á otra hora. Más valía que en vez de barrer con tanta furia, te ocupases en quitar las telarañas de tu puerta, que mismamente parece una fábrica de tejidos.

ATIL. (Aparte.) ¡Chúpate esa!

RUP. (En jarras.) ¡Como que estoy esperando reunir tela para hacer á su marido de usté un traje de más abrigo que el que tiene, porque si no el pobre entre la sangre que usté le consume y el frío que se chupa, se va á pretificar!

REST. En cambio el tuyo con tanta leña como le das y el alcohol que él se toma, se parece al volcán del besugo.

RUP. Por eso está todo tan mal repartido en el mundo; la leña que le sobra á mi marido le hace á usté mucha falta.

REST. ¡Pues ven á dármela si tienes sangre, so chulona! (Queriendo arrojarse sobre Ruperta.)

ATIL. (Sujetándola.) ¡Por Dios, Restituta, no te comprometas!

TRIF (Sujetando igualmente á Ruperta.) ¡Ruperta, que tiés marido y vas á buscar una desgracia!

RUP. Quite usté, tía Trifona, que es usté más mala que la viruela negra; quiero quitar á esa mujer los moños pa atar á usté la lengua, que debía estar en almondiguillas hace mucho tiempo.

REST (Pegando á su marido.) ¡Déjame, que voy á enseñar á esa mujer á tener lo que su madre no la enseñó: vergüenza y educación!

ATIL. ¡Cálmate, Restituta, cálmate!

RUP. ¡Ay, qué gracia! ¡Educación!... La he perdido desde que la conozco á usté... ¡¡Carabinera!!

ATIL. ¡Y á mucha honra, descaradota! ¡descaradota!

RUP. ¡Calzonazos!

ATIL. ¡Si no fuera porque estoy sujetando á esta fiera!...

TRIF. ¡Por Dios, Ruperta, no insultes! (Sujetando á Ruperta.)

ATIL. (Gritando.) ¡Vecinos! ¡Vecinas, que se matan!

ESCENA III

DICHOS, JUANILLO, VECINOS y después MANOLO que sale de su casa con una navaja de grandes dimensiones, abierta

MAN. ¡Dónde está ese valiente! ¡Dejadme, que le mato! ¡Pa mí no hay hombres! (Dirigiéndose al señor Atilano, que al ver á Manolo subirá precipitadamente la escalera, guareciéndose detrás de los vecinos.)

ATIL. ¡Socorro!... ¡Favor!... ¡Que me asesinan!

JUA. (Sujetando á Manolo.) ¿Pero qué vas á hacer, Manolo?

MAN. (Cerrando la navaja y guardándola.) Nada, Juanillo... Vengar en ese cobarde la paliza que anoche me dió mi parienta.

ESCENA IV

DICHOS y un INSPECTOR de policía seguido de dos agentes

TODOS (Con asombro.) ¡La policía!

INS. (Dirigiéndose al grupo.) ¿Me hacen ustedes el favor de decirme dónde vive Juan Díez del Río?

JUA. (Adelantándose.) Servidor de usted.

INS. ¿Usted? (Enseñando el bastón.) Dese usted preso en nombre de la ley. (Asombro de todos.)

JUA. ¡¡Yo!! ¿Por qué?

INS. Anoche se ha cometido un crimen cerca de este sitio; la víctima, con quien sostuvo usted ayer tarde acalorada disputa, en sus últimos momentos pronunció el nombre de usted como autor del crimen.

PAULA ¡¡Jesús!!

JUA. ¡Esa es una calumnia infame! ¡Soy inocente é incapaz de cometer una acción tan villana!

INS. Eso la justicia lo aclarará; entre tanto solo me resta cumplir con mi deber. (A los agentes.) ¡Prendedle y ponedle las esposas! (Los agentes le sujetan.)

PAULA (Suplicante.) ¡No, por favor... no hagais tal cosa! ¡Mi marido es un hombre honrado y un buen padre de familia! ¡Esto debe ser una equivocación! ¡Juan no es un criminal!

INS. No lo dudo, señora, pero las pruebas le condenan.

JUA. ¡No hay más pruebas que mi conciencia y la verdad, y ésta brillará tan clara como la luz del día!

TRIF. (Aparte.) ¡Jesús Jesús! ¡Quién lo había de decir!... ¡No se puede una fiar de nadie!...

PAULA ¡Por lo que más quiera en el mundo, señor; no lleve preso á mi Juan!

INS. ¡Calma, señora!... Si es inocente, volverá pronto. (A los agentes.) ¡Ea, en marcha!

PAULA (Abrazando á Juanillo.) ¡Juan de mi alma, qué desgracia, qué desgracia tan grande! ¡Dios mío! ¿Qué delito hemos cometido para que nos castigues así? ¡Voy á morir de pena!... ¡Juan de mi alma, yo quiero ir contigo al sufrimiento!

JUA. ¡No llores, Paula, soy inocente, y la inocencia triunfa! ¡Ten confianza en mí y cuida de nuestros hijos hasta mi vuelta!

PAULA (Llorando.) ¡Pobres hijos míos, qué va á ser de vosotros!

INS. ¡Vamos, señora, no hay que desesperarse!

JUA. (Separándose de los brazos de Paula.) Cuando ustedes quieran, que ya mis fuerzas flaquean. (Marchando.)

PAULA (Siguiéndole.) ¡Juan! ¡Esposo mío!

TRIF. (Deteniéndola.) ¡Vamos, Paula, ten calma, hijita!

PAULA (Reclinando la cabeza sobre el pecho de Trifona.) ¡Ay, señora Trifona, qué desgraciada soy!

JUA. (Desde la puerta.) ¡Adiós, mi Paula! ¡Piensa tan solo en que tu esposo es inocente! (Mutis.)

PAULA (En el centro de la escena.) ¡Virgen de la Paloma! ¡Madre mía! ¡Sálvale y protégenos! (Cae desmayada Los vecinos y vecinas amparan su desmayo.)

TRIF. (Marchando muy de prisa) ¡Jesús, Jesús! ¡El señor nos libre de una mala tentación! Voy á contárselo á las vecinas.

TELON

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Taller de carpintería del primer acto, con los bancos recogidos, como día de fiesta.

ESCENA PRIMERA

TOMÁS y ROMUALDO están al lado de PACO, que sentado en un banco, templa una guitarra

TOM. Pero, ¿cuándo concluyes? Hace una hora que estás tocando á muerto, ¡din! ¡don! ¡din! ¡don! y sigue tan desafinada como cuando empezaste.

PACO ¡Te podrás callar!... Cualquiera templa con tu charla; para esta operación se necesita mucho silencio.

ROM. Pues á callar todo el mundo, porque si no tenemos lata hasta el día del juicio por la tarde. (Momentos de silencio mientras templa.)

PACO ¿Lo veis? ¡Ya está!

TOM. ¡Gracias á Dios! Es un buen instrumento para unas prisas.

ROM. ¿Quieres un martillito?...

PACO ¿Para qué?

ROM. Para apretar las clavijas.

PACO ¡Cuidao que eres guasón!... ¿Crees tú que la

guitarra es como una campana de torre que siempre está templá?

TOM. Toca algo, hombre.

ROM. No, por Dios, que no toque, porque me he fijado que en cuanto pone la mano sobre las cuerdas vuelta á templar.

PACO Lo que voy á tocar es á llamada y tropa; cuidao lo que tarda esa gente; nos citan para las nueve y son las diez, y ni el maestro parece ni los chicos tampoco.

ROM. Estarán aguardando á que concluyan de arreglar la merienda.

TOM. O se habrán ido ya derechos á la Moncloa con los otros.

PACO ¿Y vamos muchos?

TOM. El señor Juan, su compadre y los oficiales; nosotros y algún amigo más.

ROM. Los suficientes; que la mucha gente ni aun para la guerra es á veces buena.

PACO La lástima es que va á resultar la juerga á palo seco, no habiendo faldas.

TOM. El señor Juan no quiere que vayan más que chaquetas y pantalones; porque dice que donde hay mujeres no hay paz y que son la perdición de los hombres.

ROM. Tiene razón.

PACO ¡Pues no la tiene! Diversión sin mujeres es árbol sin hojas; no hay sombra, y pasarse todo el día de San Juan sin ella, es morirse de hastío.

ESCENA II

DICHOS y SEÑORA TRIFONA

ROM. Puedes invitar á la señora Trifona, que parece que la llaman con campanillas. Con ella está uno libre de tentaciones.

TOM. Y de disgustos.

TRIF. ¿Qué hablais de la señá Trifona, malas lenguas?

PACO Nada malo, al contrario, íbamos á invitarla á usté á la merienda.

TRIF ¡Ay, hijo! te lo agradezco; pero ya no puedo ni con mi alma. En otros tiempos no despreciaba yo un convite semejante, porque donde yo estaba, había alegría siempre de sobra.

TOM. Y algún cuento que otro.

ROM. Y hasta algún chisme, que pa eso se pinta usté sola, agüela.

TRIF. Eso no, hijo, que á mí no me gusta levantar á nadie los pies más altos que la cabeza. ¡Lo que hacen los años! Algún día no me trataban así. ¡Cómo cambean los tiempos! ¿Y el señor Juan, no ha venido?

PACO Lo estamos esperando hace una hora.

TRIF. Pues yo pasaba por aquí y no quise marcharme sin felicitarle los días, para ver si me da una limosnita, que bien la necesito. ¡Pobre Juanillo! También está hoy de días, ¡pero qué día de San Juan pasará el infeliz en el presidio de Ceuta!

TOM. Es verdá, señora Trifona. ¡Pobre Juanillo! (Con pena.)

PACO Ya hace tres años que está allí cumpliendo la condena.

TRIF. Y lo que tendrá que estar. Le sentenciaron á veinte, conque ¿cuántos faltan todavía?

ROM. Diez y siete.

TRIF. La vida de un hombre y total por una disputa que á nada conducía. ¡Que le echaron del taller!... pues ya hubiera encontrado trabajo en otro sitio, que el mundo no se encierra en una sola casa cuando se sabe la obligación; pero los hombres sois así, rabiosos como gorrión en mano de muchacho, y luego las consecuencias las sufren la mujer y los hijos.

PACO ¡Cállese usté, agüela, y no venga á dar tristeza á la fiesta! Tres años han pasado desde aquella noche, y á pesar de todo, y de que la ley condenó á Juanillo, no me puedo convencer ni me convence nadie de que un hombre tan prudente y tan vivo, matara á traición al señor Pepe, Dios le tenga en gloria. (Con respeto.)

TOM. Pues las pruebas no pudieron ser más claras ni terminantes, y bien sabes que no pudo probar la coartada. Cuando el sereno y los guardias llegaron junto al cuerpo del maestro, que yacía revolcándose en un charco de sangre, le preguntaron quién le había herido, y sin alientos, sin vida, apenas contestó que Juan. ¡Fué lo único que pudò decir el pobre! El señor Tomé el sereno y los del orden, que momentos antes habían hablado con Juanillo, al cual vieron muy preocupao, preguntaron al maestro, si Juan su oficial, y con un movimiento afirmativo de cabeza, dejó de existir el señor Pepe ¡que en paz descanse!

PACO Eso es verdad.

ROM. La muerte ocurrió á las diez de la noche próximamente, y el portero de la casa dijo que á esa hora se despidió de la mujer de Juanillo, que intranquila estaba por la tardanza de su marido; de modo que á esa hora estaba todavía Juan en la calle; y quién sabe si encontró al maestro, y ofendido y reciente la cuestión, la vengara dándole muerte. Las pruebas todas resultaron en su contra, y aunque él protestaba de su inocencia, ¿quién es el hombre que no habiendo testigos no niega á todo trance para salvarse? ¡Cuando el jurado sentenció, sus razones tendría!

TRIF. Tienes razón, hijo; y sobre todo, ya sabéis que Juanillo ha sido toda su vida un cascarrabias; ¡hombre más agrio!... ni un limón sin madurar. Encontró al maestro y dijo... aquí que no peco, y le mató; sin contar que en este mundo nada se queda oculto, y que el que la hace la paga. Lo peor es para su mujer, ó mejor dicho, para sus hijos: la mujer es joven y no la faltará con el tiempo quien la consuele, pero hasta ahora la pobrecilla todo se la vuelve empeñar prendas que os digo que aquella casa es una compasión de Dios, y se va quedando como mesón sin posadero.

PACO ¡Pobres criaturas!

TOM. ¡Y pobre Juanillo!

TRIF. Así es la vida: unos sufren y otros gozan. El señor Juan el encargado, sintió la muerte de su maestro una atrocidad; tanto, que estuvo en cama del disgusto, pero hoy le tenéis dueño del taller, gracias á la familia del difunto, ¡y qué demonio! siempre los duelos con pan son menos, y el tiempo todo lo borra, y malo del que se va, que los que quedamos vamos saliendo, y unos suben y otros bajan, y unos mueren y otros nacen...

PACO Y peor fuera no verlo, ó que usté reventara.

TRIF. ¡O que tú te quedaras mudo, que maldito lo que se perdía!

ROM. Lo cierto es que culpable ó inocente está en presidio el pobre Juanillo, el maestro bajo tierra, y una familia perdida.

TOM. Y un compañero honrao mezclado con el vicio y el crimen.

ESCENA III

DICHOS y el SEÑOR JUAN

JUAN Señores, buenos días.

PACO Que los tenga usté muy felices, maestro.

ROM. Felicidades señor Juan.

TOM. Lo mismo digo.

JUAN (Dando la mano á todos.) Gracias, muchas gracias, señores.

TRIF. Que se repita por muchos años, hijo, y con saluz.

JUAN Gracias, señora Trifona, no la había visto á usted.

TRIF. No tiene nada de particular; las personas de mi edad pasan desapercibidas para la gente moza. No hubiera sucedido lo mismo si en vez de la Trifona fuera una personilla que conozco; de seguro que abrías tanto ojo así.

JUAN No lo crea usted, señora.

TRIF. ¡Bueno, bueno!... tú qué has de decir. El disimulo es propio de las personas de seso.

JUAN (A los oficiales.) En casa de Luciano están ya los otros con la merienda. Esperadme allí miéntras cierro y me echo unos cigarros puros al bolsillo.

PACO (A los demás.) Vamos, chicos.

ROM. Buenos días, señá Trifona. (Marchando.)

TRIF. (Acompañándolos.) Adiós, hijos, que os divirtais; y cuidado con subir muchas veces el codo á la altura de las narices, que por más que dicen que donde no hay vino no hay alegría, yo digo que donde se abusa de él se encuentran con frecuencia muchas penas.

JUAN (Cogiendo del cajón de un banco cigarros.) Tiene usted razón, pero estoy yo por medio para evitar esos abusos.

TRIF. Ya sé que siempre has sido muy formal, y mucho más desde que tienes otras obligaciones. ¡Ay, si levantara la cabeza aquel buen hombre que por un pícaro está comiendo tierra hace tres años!

JUAN ¡Calle usted, señora Trifona, calle usted por Dios, y no recuerde el suceso que no se aparta ni un instante de mi imaginación! ¡Oh!...

TRIF. Pobre señor Pepe, no lo puedo remediar; siempre que te veo me acuerdo de él y de ciertas cosas...

JUAN ¡Cómo!... ¿de qué?

TRIF. De lo mucho que él te quería y á todo lo que contigo se relacionaba, y de lo bien que se lo has pagado...

JUAN Señora Trifona... ¿usted sabe?...

TRIF. ¿Y quién no lo sabe?...

JUAN (Aparte.) ¡Oh!

TRIF. ...Pues si todo el mundo está enterado de que pagaste por este taller todo cuanto quisieron sus padres y de que aun sigues dándoles algo de cuando en cuando.

JUAN (Aparte.) ¡Ah, respiro!

TRIF. Y de que trabajaste sin descanso hasta poner claro, como la luz del día, el crimen que cometió Juanillo, y que echaran sobre él todo el peso de la ley.

JUAN ¡Es verdad!... ¡Pobre Juanillo también!

TRIF. Allí está cumpliendo su condena, que quiera Dios sirva de ejemplo á otros que como él piensen. Desengáñate, Juan, Dios es justo, hay Providencia.

JUAN ¡Si existiese!...

TRIF. Tendrás también tu merecido, porque el Señor no dejará de tener en cuenta tus buenos procederes.

JUAN Señora Trifona... dejemos esa conversación que me entristece y atenaza mi corazón con recuerdos que daría la mitad de mi vida por borrarlos. (Aparte.) ¡Esta mujer me da miedo!

TRIF. Bien, hijo, no hablemos más del asunto, que á mí no me gusta ser pesada y machacona. Si me dieras una limosnita para poder tomar algo caliente, te lo agradecería, porque estoy que aun podría recibir al Señor.

JUAN Tome usted, señora Trifona, para que coma hoy á mi salud. (Dándola dinero.)

TRIF. ¡Gracias, hijo, gracias! Dios te lo pague, y perdone tus pecados y los míos. Y ahora que me has dado esta caridad, voy á decirte una cosa.

JUAN Dígamela y concluya pronto que me esperan los muchachos.

TRIF. A los hombres que como tú tienen un negocio, no les viene mal el casamiento, pero antes de dar este paso, hay que mirar con quién, ¡porque hay cada una!... que en perifollos y golosinas gastan todos los tesoros del Creso; como alguna que tú y yo conocemos, que parecen á don Rodrigo en la horca y tienen la mar de ínsulas, y luego... ni chicha ni limoná. En fin, hijo, tú bien sabes por quién digo esto, que algunas desazones te dió con el difunto; y no digo más que al buen entendedor entre dientes basta, y me retiro que es tarde y tú tendrás que hacer. (Marchando.) ¡Que de hoy en un año, hijo!

JUAN Gracias; vaya usted con Dios. (Aparte.) ¡Qué martirio!

ESCENA IV

SEÑOR JUAN y LUISA

LUISA (Dejando paso á la Trifona á la cual mira con desprecio.) ¡Siempre esta bruja!

TRIF. (Aparte.) ¡Miren la marquesa del peine!... Pues encuentra bueno el horno para hacer rosquillas.

LUISA Gracias á Dios que te encuentro sólo para decirte cuatro palabras, tal vez las últimas.

JUAN Pues dilas pronto que me esperan y tengo que marchar.

LUISA ¡Que te esperan!... Esperando estoy yo hace tres años, y tú siempre prisas y más prisas cuando necesito calma, mucha calma, para terminar de una vez con esta situación que no me explico y que quiero aclarar como mujer honrada que en nada te ha faltado.

JUAN Luisa, dejémonos de explicaciones que no vienen al caso. Entre nosotros, ya no puede haber felicidad, ni ventura, ni...

LUISA ¡Ni cariño!... ¿verdad? Concluye de decirlo, que vengo decidida á saberlo todo, y que termine de una vez mi sufrimiento.

JUAN ¡Cariño sí, Luisa, como nunca, grande, muy hondo, de los que no caben dentro del corazón!

LUISA Entonces, ¿á qué tu indiferencia y despego, tus dudas y vacilaciones?

JUAN ¡Dudas, sí... siempre dudas!... ¡Ojalá no las hubiera tenido nunca! Entre los dos hay un recuerdo triste que no puedo olvidar. Cuando estoy lejos de tí, mi pensamiento te desea, mi corazón te acaricia, mi lengua te llama en secreto. ¡Cuando te tengo en mi presencia, veo un cadáver entre los dos, se renuevan mis celos y sospechas, y con toda mi alma te maldigo en secreto como te llamo, y me convenzo, una vez más, de que eres para mí un imposible, un tormento, una desesperación!

LUISA ¡Juan, serena el ánimo y piensa en que sólo tuyo es mi pensamiento y mi cariño!

JUAN ¡No!... ¡no! ¡Yo no puedo sujetar mi pensamiento! ¡Si pienso, más dudo, y si dudo, lo veo todo negro, muy negro... como el humo del carbón que sale en olas por la chimenea de la máquina; y algunas veces, rojo, ¡muy rojo!... como la sangre que sube á mi cabeza dándome latidos, hasta el extremo de creer que estoy loco! ¡Ya ves que sereno estará mi ánimo, Luisa! ¡Desde aquel aciago día, huyó la tranquilidad de mi alma; no soy feliz, ni puedo hacer que tú lo seas; y te amo, y te desprecio; quisiera tenerte á mi lado, y cuando lo estás, matarte, para no sentirte, ni oirte, ni verte, ni sostener esta lucha que aquí dentro sostengo!

LUISA ¡Basta, Juan! Dices bien; nuestro amor es un imposible. El que odia, no ama; quien duda, no tiene fe, y no teniéndola, es vivir muriendo. Pues bien, será esta la última vez que nos veamos. Marcharé lejos... muy lejos, para que mi presencia no turbe tus alegrías, pero escucha bien lo que voy á decirte. ¡Por mi madre, que está en el cielo, te juro que no he tenido para tí más que amor puro y santo, tan santo, que aquí dentro te había levantado un altar para adorarte! ¡Me desprecias y me odias; yo te bendigo, en cambio, mira que diferencia! ¡Sé feliz ya que yo no puedo serlo nunca, y algún día, tal vez en la hora de la muerte, te acordarás de mí, y Dios hará que se cambien en bendiciones tus maldiciones, y en el mundo de la verdad seremos felices ya que en este no hemos podido serlo! ¡Adiós, Juan! ¡Adiós para siempre! (Marcha sollozando.)

JUAN (Intentando detenerla.) ¡Luisa! ¡Luisa mía, perdón! ¡Estoy loco, tú no ves mi sufrimiento!

LUISA (En la puerta.) ¡Juan, te perdono, pero ya es tarde! ¡Mañana, abandonaré el mundo para vestir la toca y el sayal de las esposas del Señor! (Mutis.)

JUAN (Elevando los ojos al cielo.) Luisa, ser inocente,

perdóname. Los celos y la duda me arrastraron al crimen. ¡Perdón, Dios mío! ¡Grande ha sido mi delito, pero cuán grande es mi martirio!

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Habitación de Juanillo, sin muebles, ni cuadros, tan solo dos sillas, una mesa sucia, y en el lienzo de pared, primer término, un cuadro representando la Virgen de la Paloma. En el fondo, puerta practicable. Izquierda, pared con dos puertas practicables.

ESCENA V

PAULA y RESTITUTA, portera

REST. ¡Vamos, Paula, no hay que afligirse, Dios aprieta pero no ahoga! Yo me encargaré de hablar á las vecinas para que te den trabajo; entre tanto, aunque semos pobres, de lo nuestro comeréis también vosotros, que se me haría un nudo en la garganta si yo comiera sabiendo que vosotros tenéis hambre.

PAULA Es usted muy buena, señora Restituta.

REST. A todo hay quien gane sin salir del corro. ¡Pobrecitos niños, tan buenos y tan calladitos; parecen mismamente que conocen su desgracia!

PAULA ¡Pobres hijos míos!

REST. Aquí les traigo unas sopitas de café con leche para cuando vengan de la escuela, que les van á saber á gloria. (Sacando de la cesta, que llevará al brazo, un pucherito y una cazolita con una cuchara.) Estas para tí. (Por la cazuela.) Al pequeñito ya se las dió Atilano bien de mañanita, porque, hija, los quiere como si fueran propios. Como nunca hemos tenido familia, ahora á la vejez se forma la ilusión de que

son suyos; tanto, que el día que nos los lleves de casa tendremos un disgusto.

PAULA ¡Gracias, señora Restituta!

REST. Y tú también á tomar algo, (Acercando una silla á la mesa donde colocó el puchero y la cazuela.) aunque sea sin gana. ¡Qué sería de esas pobres criaturas si cayeses enferma otra vez: ahora más que nunca debes cuidarte, porque tienes la obligación de velar por ellos más que cuando estaba á tu lado el pobre Juanillo!

PAULA ¡Pobre esposo mío! ¡Si supiera la miseria en que vivimos!...

REST. Vamos, déjate de pensar en lo que no puede remediarse y á comer algo.

PAULA (Sentándose y comiendo.) ¡Dios se lo pague!

REST. Así, así me gusta; ¡come, mujer, come, que bien lo necesitas! Otro poquito más, ¡vamos que me enfado! Si pareces la dama de la media almendra por lo poco que comes. Si nos vieras á nosotros, ¡tenemos un diente!... es decir, dientes desgraciadamente no, pero un apetito que para sí lo quisieran más de cuatro. ¡Vamos, otra cucharadita nada más!

PAULA No puedo más, se lo agradezco. Siempre he sido de poco comer, y ahora como á la fuerza, por sostenerme tan solo, y gracias á los buenos cuidados de todos los vecinos, y de usted particularmente. ¡El Señor se lo premie! Si no fuera por las buenas almas estaríamos en un santo hospital. Ya nada me queda que empeñar ni que vender. ¡Dios mío, Dios mío, qué desgraciada soy!

REST. ¡Pero mujer, siempre lo mismo!...

PAULA ¡Sí, siempre! Y no lloro lo que quiero por no entristecer á los pedazos de mi alma. Hoy siento una angustia que no me explico; parece que me falta aire, como si tuviera el corazón aprisionado, como si un gran pesar, una inmensa desgracia me amenazase.

REST. Tus preocupaciones son justas. El día que es hoy trae á tu memoria el recuerdo de tu

esposo. Tres años ya que no le ves, y ¡es natural! en su santo te acuerdes de él, como el pobre lo estará haciendo de tí.

ESCENA VI

DICHOS y ATILANO con una carta

ATIL. ¡Paula, carta, carta!

PAULA ¡Gracias, Dios mío! al menos tendré el consuelo de saber de él. (Rompiendo el sobre.)

REST. ¡Lo ves, mujer! El Señor nos da penas, pero nos da también alegrías para consolarlas.

PAULA (Leyendo nerviosamente.) ¡Esta no es su letra!... (Mirando la firma.) ¡Ni su firma! ¡Qué es esto santo cielo! (Leyendo.)

ATIL. ¡Tranquilízate, mujer!

PAULA (Dejando caer la carta al suelo.) ¡¡¡Jesús!!! ¡¡¡Muerto!!! (Cubriéndose el rostro con las manos.)

REST. ¡Muerto! ¿Pero quién?

ATIL. (Cogiendo la carta.) Tú ves visiones.

PAULA (Arrebatándole la carta y leyendo.) ¡No, no es posible, mis ojos leyeron mal!... ¡Pero no, es cierto! ¡¡Muerto en el hospital!! ¡¡Perdido para siempre!! (Abrazándose á Restituta.) ¡Hijos míos, ya sois huérfanos!... ¡Ya estamos solos en el mundo! ¡Pobre esposo mío, no tardaré en seguirte!

REST. ¡Pobre hija mía, qué desgraciada eres!

PAULA (Arrodillándose ante la Virgen de la Paloma.) ¡Madre mía, perdónale y cúbrele con tu manto!

ATIL. (A Restituta.) ¡También nosotros rezaremos por él! (Se arrodillan detrás de Paula.)

TELON

ACTO CUARTO

La escena representa la habitación de Juanillo, bien amueblada, casi con lujo En el centro camilla con tapete y brasero; encima de la camilla quinqué encendido. Al levantarse el telón aparece Paula sentada al lado de la camilla cosiendo; la señora Restituta haciendo calceta; y Luisita y Antoñito sentados también escuchando lo que cuenta la portera. El cuadro de la Virgen en el mismo sitio anterior.

ESCENA PRIMERA

PAULA, RESTITUTA, LUISITA y ANTOÑITO, de ocho á diez años

REST. Y colorín colorado mi cuento ya se acabado.

ANT. ¡Qué bonito es! ¿Y por qué se lo llevaron las brujas?...

PAULA Porque era desobediente y no hacía lo que le mandaban sus papás.

LUISA A nosotros no nos llevarán, mamá: ¿verdad? porque somos buenos.

REST. ¡Qué han de llevaros á vosotros si sois dos serafines mayormente, y están los angelitos siempre de guardia á vuestro lado!

ANT. Cuéntenos usted otro, señora Restituta, y que sea muy largo, muy largo...

LUISA Sí; ande usted, ande usted, y que no se lleven á nadie las brujas.

PAULA ¡Ea! basta ya de cuentos, que es tarde, y hay que acostarse.

ANT. Uno nada más, mamá; hasta que venga papá.

REST. Mañana, mañana os contaré uno muy bonito y muy largo. Ahora, á obedecer y á la camita para que no os lleven como al niño del cuento.

LUISA ¡Ay, qué miedo! Que no venga que nos vamos á acostar. Anda, Antoñito, á la cama.

ANT. Pues que nos desnude la señora Restituta y nos enseñe aquella oración tan bonita.

PAULA ¿Pero cuándo será el día que os acostéis solitos como Dios manda?

LUISA Cuando seamos como Pepe y Rosita.

REST. ¡Vaya, á dar un beso á mamá y á dormir!

LUISA (Besando á mamá.) Adios, mamá, hasta mañana.

PAULA Adiós, rica.

ANT. (Besando á Paula.) Hasta mañana si Dios quiere.

PAULA Rezar mucho, hijos, para que el Señor os libre de todo mal.

REST. (Con los niños puerta izquierda.) Andad, hijos míos, que después tengo que acostar al señor Atilano, que es el niño grande de la casa.

ESCENA II

PAULA y TRIFONA

TRIF. (Entrando.) ¡A la paz de Dios!

PAULA Adelante, señora Trifona.

TRIF. ¡Ay, hija! no sé lo que tiene tu casa para mí que no puedo pasar sin entrar: mismamente parece que tienes miel para las vecinas; en cambio hay otras...

PAULA Todos no podemos ser iguales, cada uno tiene su carácter y su educación. Perdonar los defectos de los demás para que los nuestros sean perdonados es lo que manda la doctrina.

TRIF. Tienes razón, hija; hablas como un libro, pero hay personas mu desgraciás; yo soy

una de ellas. Aunque pinte santos, para todo el mundo resultan demonios. Tu difunto (que en paz descanse) á quien yo quería mucho, no me podía ver ni á veinte leguas á la redonda, y éste... éste lleva también las mismas trazas.

PAULA Señora Trifona, deje usted en paz á los muertos y respete á los vivos.

TRIF. ¡Lo ves, lo ves!... ya te pones conmigo hecha un gallo inglés. Si no puedo decir palabra, porque lo tomais en seguida por donde quema, y bien sabe Dios que digo las cosas sin ánimo de ofender, pero los pobres no somos nadie y en todas partes y á todo el mundo estorbamos.

PAULA A mí no me estorba ni molesta, pero siento que no abra usted la boca más que para murmurar de todo. Ocúpese de sí y deje que los demás vivan como puedan.

TRIF. ¡De mí!... sí, sí; buena ocupación te dé Dios. ¡Pobre Trifona! sola en el mundo y sin tener á quien volver los ojos.

PAULA Nunca faltan almas caritativas.

TRIF. Tú sola, Paula, tú sola eres la única que tienes lástima de esta pobre vieja que no lo puede ganar. Por eso el Señor ha tenido misericordia de tus desgracias dándote un marido que quiere á tus hijos como propios, y á tí te considera y estima en lo que vales. Y... ¡vamos! en lo que se refiere á metales, si no es un Urquijo mayormente, gracias á Dios hoy por hoy tenéis donde echar mano y vivir con desahogo.

PAULA ¡Es verdad! el pobre cifra su placer en complacerme y, en efecto, á mis hijos los quiere como propios. ¡Pobre Juanillo! Desde el cielo verá que nunca le olvido y que por nuestros hijos me casé nuevamente, librándolos así de la miseria que ya invadía nuestra pobre casa.

TRIF. ¡Pobres criaturitas, tan buenas y tan cariñosas!... ¿Dónde están, dónde están?

PAULA En la camita. Hace un momento que fué á acostarlos la señora Restituta.

TRIF. ¡Ay, hija, bien puede la portera querer á tus hijos y vestirlos y desnudarlos!... Ni aunque fuera tu madre la tratarías tan bien como la tratas.

PAULA Soy muy agradecida, señora Trifona, y nunca pagaré á Restituta lo mucho que le debo. Si no hubiera sido por ella, mis hijos y yo nos habríamos quedado sin comer muchos días durante mi viudez. Ahora que puedo la demuestro mi cariño, no la pago el favor, que hay acciones que no pueden recompensarse con todos los tesoros del mundo.

TRIF. ¡Feliz ella que pudo hacer algo por tí. ¡Dios se lo pague! Si la Trifona hubiera estado en su pellejo, no creas, que á buenos sentimientos no hay quien me gane; pero no podía, tú bien lo sabes, y si no he venido á verte durante el tiempo que Juanillo estuvo preso y después tú viuda, no ha sido porque huyera tu compañía, sino porque no podía socorrer tus necesidades y me daba mucha lástima ver el hambre que pasabais. Pero hoy que los tiempos y las cosas han cambeado, ya ves que no se pasa día sin que venga á gozar de tu dicha, y á que me socorras con tus limosnas. Si tuvieras una gotita de aguarediente que darme, te lo agradecería, tengo un estómago tan delicado...

PAULA ¿Quiere usted una tacita de caldo, que la sentará mejor?

TRIF. No, caldo no; que lo tomé hace un instante en casa del trapero de la esquina, y ¡ojalá que no lo tomase! porque como su mujer, de limpia no tiene nada, me ha dado un asco que tengo el dichoso caldo agarrado aquí como si fuera un perro de presa.

PAULA Espere usted, señora Trifona, que voy á buscarla. (Mutis derecha.)

TRIF. (Fijándose en todo.) ¡Lo que va de ayer á hoy! Hace dos años ni aun clavos quedaban en esta casa... y ahora... ahora... qué diferencia; la mar de lujo, la mar de abundancia y la

mar de orgullo encubierto con la hipocresía; pero no la arriendo la ganancia; al principio todos los hombres son muy buenos... ¡pero que muy buenos!... como los ángeles; pero según pasa el tiempo vuelven á los resabios antiguos y...

ESCENA III

TRIFONA y RESTITUTA por la izquierda

REST. Vaya, ya están esos angelitos durmiendo como dos bienaventurados. ¡Hola, señora Trifona!

TRIF. Buenas noches, señá Restituta. ¡Ay, hija, cuánto tié que agradecerla Paula! Pelea usté con los niños mas que una astitutrice. Ya puede estar agradecida su madre.

REST. Sí que lo está. Paula es muy buena, y nos quiere tanto como nosotros á ella. ¡Pobrecilla!

TRIF. Si el difunto levantara la cabeza...

REST. ¿Si la levantara qué? Vería á sus hijos protegidos y estimados, y á su pobre esposa que aun le llora, libre de las asechanzas, de las persecuciones á que está expuesta una mujer joven.

TRIF. Tiene usté razón. La mujer joven, hermosa y sola en el mundo, es atractivo donde azotan los vientos de los malos deseos.

ESCENA IV

DICHAS y PAULA con una botella y un vaso de agua por la derecha

PAULA Tome usted, señora Trifona; y que la haga buen provecho.

TRIF. (Cogiendo la bandeja.) Gracias, hija.

PAULA (A Restituta.) ¿Se durmieron ya?

REST. Como dos cachorritos, después de rezar por la gloria de su padre.

TRIF. (Dejando la bandeja sobre la camilla.) ¡Qué rico es! Por vergüenza no pido otra copita.

REST. Con una tiene usté bastante; que no sé cómo no le arden las entrañas con tanto aguardentazo.

TRIF. ¡Para una copita tan solo!...

REST. Que será la que complete hoy la docena. Cada vez que me echa el aliento, y noto que huele á incienso de anís, me dan náuseas. Una mujer como usté debía comer, pero beber... beber el agua de Lozoya solamente, que cría sangre fresca y no entorpece los sentidos.

PAULA Dice muy bien; los cuartitos que recoge estarían mejor empleados tomando en cualquier casa de comidas un cocidito, aunque no fuera más que de los de real y medio.

TRIF. Cualquiera que oiga á ustés, creerá que soy una bodega, y bien sabe Dios que si tomo de cuando en cuando una copita de anís, es pa arreglarme el histérico, que me molesta más que un zapato apretao.

REST. Por mí puede usté hacer lo que quiera, hasta bañarse en espíritu de vino, que ya es grandecita pa consejos.

PAULA Déjela, que ella debe saber lo que la conviene.

TRIF. ¿Ha estado usté en las cuarenta horas, señá Restituta? Porque mesmamente parece que se ha aprendido de pé á pá el sermón. Cada cuál sabe lo que le conviene, y si yo bebo, á usté la gustan las golosinas y pata.

REST. ¡Lo que tiene usté es una lengua que pa trufá y echársela á los perros! ..

PAULA ¡Vaya, déjense ustedes de tonterías que á nada conducen!

TRIF. Por mí, ¡Jesús María!... ya has visto que en nada me metía, ella empezó y la defensa es permitida. ¿Me meto yo en que tú, hija mía, sigas viviendo en esta casa que parece la de tócame Roque? No; porque ya sé que á este pedacito de cubierto le tiés cariño por mor

de lo que en él has sufrido, y de que aquí también has encontrado otro hombre que te ampare y defienda del qué dirán.

PAULA ¡Por eso, por eso tengo tanto cariño á este cuartito donde tan feliz he sido, y tantas lágrimas he derramado! Cada objeto me recuerda á mi pobre Juan y parece que aún le veo sentado allí, al lado de la mesita en que él comía, con los niños colocados sobre sus rodillas sonriéndome siempre lleno de amor y felicidad. ¡Pobre esposo mío!

REST. Vamos, Paula, no hay que entristecerse. ¡Siempre lo mismo! Y todo por usté, que parece se goza en traer á su memoria recuerdos tristes.

ESCENA V

DICHOS y ATILANO embozado en la capa

ATIL. Santas y buenas noches. ¡Canastitos qué nochecita! Está aquel cuartucho que parece una nevera. (Calentándose las manos en el brasero que estará debajo de la camilla.) Aquí, aquí sí que se está bien; ¡claro! esto tan reducido y luego con el braserete, ni en la gloria... y eso que á excepción de Paula, el resto de la compañía podía figurar en el Purgatorio.

PAULA Gracias, señor Atilano.

REST. ¡Sería un milagro que no dijeras tonterías!

TRIF. ¡Es muy gracioso!

ATIL. Favor que usté me dispensa.

TRIF. (Aparte.) Se lo ha creído.

ATIL. Anda, Restituta, que estoy muertecito de frío y ya es tarde. Paula también tendrá ganas de acostarse, y el séptimo no estorbar.

PAULA Por mí, no; todavía no ha venido mi esposo, y...

REST. ¡Anda, anda; que no tienes más afán que por la cama!

TRIF. Hace bien; á nuestros años es donde mejor se está.

ATIL. Y en cuanto me acueste bajas á cerrar, por-

que hace lo menos dos horas que veo pasear por la acera de enfrente á un tipo que no me da muy buena espina, y como estos barrios no son buenos y hay mala gente, no conviene abandonar la portería mucho tiempo.

REST. ¡Quita allá, que no ves más que visiones!

TRIF. ¿Y qué tipo tiene? ¿Qué tipo tiene?

ATIL. No muy bueno á juzgar por la ropa. La cara no se la he podido ver porque está embozado en una manta.

PAULA ¡Dios mío, y ese hombre sin venir!

REST. No tengas cuidao; se habrá entretenido con los amigos.

PAULA Desde la desgracia que me ocurrió, nunca estoy tranquila, porque por todas partes veo lágrimas, dolor y luto.

ATIL. No hay que asustarse, que estóy yo aquí. Paula, fuera temores, y á la cama, Restituta.

TRIF. Yo también voy á hacer otro tanto. Conque hasta mañana. (Mutis fondo.)

PAULA Vaya usted con Dios.

REST. (Empujando á Atilano.) Anda, anda; ni aunque fueras hijo legítimo de los siete durmientes. Buenas noches, Paula.

PAULA Que ustedes descansen.

ATIL. Para un solo defecto que tengo, siempre me lo echas en cara. Un besito á los nenes, Paula. (Mutis fondo.)

PAULA Gracias, señor Atilano.

ESCENA VI

PAULA

(Levantándose.) ¡Cuánto tarda! Otros días ha tardado más, pero esta noche no sé lo que siento; un desasosiego que me apena, una intranquilidad que me agobia y hace latir con más frecuencia mi corazón. Tengo miedo, sin saber por qué, á ese hombre que el señor Atilano ha visto rondando esta calle.

¡Dios mío, que venga pronto mi esposo para calmar esta angustia! Cerraré la puerta. (Dirígese puerta fondo en la que aparecerá Juanillo embozado en una manta, mal vestido, con barba corta y un poco desfigurado; no tanto que el espectador no le reconozca.)

ESCENA VII

PAULA y JUANILLO

JUA. (En la puerta, mirando á todos lados con extrañeza.) ¡Dios mío, qué es esto; ésta no es mi casa! (Adelantándose y reconociéndolo todo.)

PAULA ¡Ah!... ¡Jesús!... ¿Qué busca usted aquí?... ¡Dígame lo que quiere ó grito!

JUA. (Desembozándose.) ¡Paula! ¡Paula de mi alma! ¡Esposa mía! ¿No me conoces? (Adelantándose hacia ella con los brazos abiertos.)

PAULA (Retrocediendo espantada.) ¡Virgen de la Paloma! ¡Juan! ¡Mi marido! ¡Vive! ¡Es visión ó realidad! ¡Estoy despierta ó soñando!

JUA. ¡Sueño no, realidad, Paula, realidad! ¡Soy tu Juan, el padre de tus hijos, tu amante esposo!

PAULA (Abrazándole.) ¡Juan de mi alma! ¡Esposo amado!

JUA. ¡Paula de mi corazón! ¿Y mis hijos? ¿Son buenos? ¿Se acuerdan de su padre? ¡Quiero verlos, besarlos y estrecharlos contra mi corazón! ¡Contesta, Paula, contesta, que tu silencio me causa miedo! ¿No contestas? ¿Qué tienes? ¡Dime algo, dime algo, que ese silencio paraliza también mi lengua, y esas lágrimas, que no sé si son de alegría ó sentimiento, caen aquí como hierro hirviendo!

PAULA (Reclinando la cabeza sobre el pecho de Juan.) ¡Juan, Juan, qué desgraciados somos!

JUA. Lo fuimos, Paula, pero ahora... ahora soy el hombre más dichoso de la tierra teniéndote en mis brazos. ¡Feliz, sí, completamente feliz! ¡Bien haya el sufrimiento pasado ante la dicha presente! (Transición.) ¡Pero qué digo! La alegría me vuelve loco! ¿He dicho feliz?

¡No, Paula, no... no puedo serlo! ¡Desgraciado... siempre desgraciado, siempre sufriendo, llorando siempre; ese es mi sino; la mala suerte me persigue!

PAULA Tus palabras me vuelven loca, y aun teniéndote á mi lado dudo si estaré bajo la impresión de una pesadilla. ¡Despiértame, Juan, despiértame por favor, porque soñando muero y despierta tendré la dicha de morir en tus brazos! ¡Unidas nuestras almas por cariño, nos une igual fatalidad, igual desgracia! ¡Ya no podemos ser felices, Juan de mi alma! (Llorando.)

JUA. ¡Paula, esas palabras encierran un misterio que hiela la sangre en mis venas! ¿Has dicho que no podemos ser felices? ¿Por qué, Paula, por qué? (Cogiéndole una mano nerviosamente.) ¡Habla, habla pronto, que tu silencio me mata y tu llanto me desespera!

PAULA ¡Porque pertenezco á otro hombre, Juan! ¡Estoy casada!

JUA. ¡Tú! ¡Tú casada! ¡Tú de otro hombre! ¡Imposible, imposible mientras yo aliente! El presidio no me priva de mi derecho de esposo, del de padre de mis hijos... Tú sólo puedes ser manceba, no esposa de otro hombre! ¡Pero sí... sí puedes serlo... la ley me condena!

PAULA ¡Qué dices, Juan mío! Oyeme, no soy culpable. Por esos hijos, fruto de nuestro amor, óyeme tranquilo, como siempre me oiste, como se oye á quien no engaña, sin que pienses locuras que me ofenden, que lo que voy á decirte es tan verdad como lo que dice el moribundo al sacerdote en sus últimos momentos.

JUA. ¡Habla, habla, á ver si tus disculpas acaban con esta lucha que aquí dentro sostengo con mi amor y la ofensa recibida!

PAULA Escucha, Juan, y juzga. Hace dos años, precisamente el día de tu santo, recibí una carta del director del presidio anunciándome tu muerte.

JUA. ¡Mi muerte!... Sí.

PAULA Al principio, desesperada, loca, dudé de la noticia. Desgraciadamente era cierta, y á los pocos días recibí los documentos que acreditaban mi viudez. Durante tu prisión, sin trabjo y sin recursos, tuve que empeñar y vender todo. Con la noticia de tu muerte caí enferma, y con la enfermedad vino la miseria y con la miseria el hambre. Al año siguiente, un hombre generoso vino á ofrecerme su mano y á darme con ella pan y cariño para mis hijos, respetos de la sociedad para mí, y aunque en el fondo de mi alma vivías siempre, sacrifiqué mis recuerdos y mi cariño uniendo mi suerte á la del que hoy es mi esposo y protector de nuestros hijos. Esta es la verdad pura; ahora, juzga y castígame si lo merezco! (De rodillas.)

JUA. ¡Levanta, Paula, levanta, y perdóname el mal que con mis sospechas he podido hacerte! ¡Pobre mártir, juguete del destino! ¡Perdóname si en un momento de rabia y celos te ofendí con mis dudas! ¡Cumpliste tu deber como madre y como esposa! ¡Paula, Paula mía, yo te bendigo! (Cogiéndola la cabeza y besándosela.)

PAULA Llora, Juan, como yo lloro, que las lágrimas consuelan nuestras desgracias. ¡Sufrir tan sólo es nuestro destino! ¿Por qué no me diste noticias tuyas y hubiéramos evitado tanto sufrimiento?

JUA. Escucha tú también y juzga. Caí enfermo con viruela negra, y pasé, por tanto, al hospital, ocupando la cama número setenta y cuatro. A mi lado, en la número setenta y cinco, había otro pobre preso atacado de la misma enfermedad. Dios hizo que el enfermero fuese aquel señor Antonio, íntimo amigo nuestro á quien mi padre salvó la vida en Africa. Al reconocerme se abrazó á mí, y después que le conté como pude la causa de mi prisión y mi inocencia, llorando como un niño me dijo: «Bien, Juan, confía en Dios y en mí que he de hacer todo lo posible por salvárte.»

PAULA ¡Hombre generoso, Dios le bendiga!

JUA. No sé el tiempo que duraría mi estado grave, casi de locura. Debieron ser muchos días, pues al despertar, el señor Antonio me dijo: «¡Por fin, hijo mío, estás salvado! Durante tu delirio, falleció á las altas horas de la noche el enfermo que ocupaba la cama número setenta y cinco. Por salvarte de la condena que inocentemente sufrías, realicé la suplantación de su cadáver. He usurpado un estado civil, pero te salvo, hijo mío, cumpliendo un deber de gratitud. ¡Que Dios me perdone si algún mal he cometido por tu bien! Desde hoy te llamas Ramón Flores, entiéndelo bien; Juan Díez del Río falleció en aquella cama, dijo señalando la que yo ocupé.

PAULA ¡Pobre Juan, y no haber podido estar á tu lado para cuidarte!

JUA. ...Dentro de muy pocos días, siguió diciendo el señor Antonio, vendrá el mandamiento de tu libertad, y entonces podrás marchar libremente; ¡pero muy lejos, hijo mío, muy lejos! al extranjero si es posible, donde puedas gozar de los cariños de tu familia y de la libertad que todos ambicionamos.

PAULA ¡Pobre esposo mío!

JUA. Como todo llega, llegó también el momento de mi libertad; me encontré en la calle, pobre, sólo, convaleciente, ¡casi sin familia, porque ni aun derecho tengo para daros este nombre! Sin dirección, ni rumbo, como veleta que el viento á su arbitrio mueve, he recorrido las distancias ocultándome siempre de todos, que esto sucede al que con documentos al parecer legales, lleva en su conciencia el delito. He pedido limosna en los sitios donde no encontraba trabajo. ¡Trabajo! ¡Qué ironía! Imposible escribirte sin temor á que se descubriera mi estado civil. ¡Todo en contra mía! Por fin sufriendo y llorando siempre, llegué esta mañana al Puente de Toledo, y al ver las aguas que bajo sus arcos corren tranquilas, creí ver

en cada gota una sonrisa de mis hijos y un abrazo cariñoso de mi Paula. (Abrazándola.) He paseado cien veces la calle esperando la noche, y en un momento en que ví sola la entrada corrí en busca de la dicha, encontrándome en su lugar desesperación, imposibles, llanto y dolor.

PAULA ¡Juan, Juan! ¡Cuánto sufrimiento y cuánta pena! ¿Por qué, Virgen santa, no me llevaste á tu lado cuando mi enfermedad? No causaría ahora tanto desconsuelo al hombre que amo.

JUA. ¡No, Paula, no! No ofendas con tus palabras al que te concedió la vida para ser el sostén de nuestros hijos. ¡Vive esposa mía y sé feliz! Yo continuaré mi camino solo y triste, siguiendo la fuerza del destino impulsado por los vientos de la fatalidad. Ya no soy nadie; humo que se evapora, un cadáver que se mueve y se agita sin derecho á decir que vive. Un desgraciado á quien el bien le resulta un mal, y cuanto toca lo marchita y seca.

PAULA ¡Calla, Juan, calla, que tus palabras me matan y me siento fallecer al peso de tanto infortunio!

JUA. Besaré á mis hijos por última vez porque la lucha agota mis fuerzas, (Dirigiéndose á la puerta izquierda.) y después, Paula, cúmplase la voluntad de Dios.

PAULA (Abrazándole.) ¡No te irás, Juan! Yo soy tuya, tuya siempre; las leyes no pueden pedirme otra cosa; aun podemos ser felices. (Aparte.) ¡Pero cómo, Dios mío, sin perderle!

JUA. ¡Basta, Paula! Seca tu llanto, sé fuerte y comprende que es imposible lo que anhelas. ¡Déjame que vea á mis hijos y los bendiga! Mi presencia en esta casa es un compromiso para tu nombre. ¡Déjame que vea á mis hijos para morir dichoso. (Dirigiéndose nuevamente á la puerta izquierda.)

PAULA (Abrazándole.) ¡Detente, mi vida, escucha mi ruego!

ESCENA VIII

DICHOS y el SEÑOR JUAN, que queda mirando

JUAN ¡Paula, Paula! ¿Quién es ese hombre? ¿quién es ese hombre, contesta? (Cogiéndola furiosamente una mano.)

PAULA (Aparte.) ¡Mi esposo!... ¡Oh!

JUA. (Aparte.) ¡El señor Juan!

JUAN ¿No contestas?... ¡Pues bien, él me dirá, por buenas ó por malas, lo que busca en esta casa! (Sacando una navaja del bolsillo y dirigiéndose amenazador hacia Juanillo.)

PAULA ¡Juan, por Dios! ¡¡Ese hombre es mi marido!!

JUAN (Escapándosele la navaja de la mano y retrocediendo espantado.) ¡¡Tu marido!! ¿Juanillo? ¡Oh! ¡No! ¡Mentira! ¡Juanillo ha muerto: tú me engañas! (Adelantándose hacia Juanillo.)

JUA. (Cruzándose de brazos.) ¡Sí, maestro! ¡Juanillo... el que murió en presidio, que viene á morir aquí otra vez ante tanta desgracia y tanta pena!... Juanillo, que hoy no es Juan, sino Ramón Flores, licenciado de presidio, cuyo estado civil he usurpado por librarme de una injusta condena! ¡Juanillo el inocente! ¡El pobre Juan!... ¡¡Ese soy yo!!

PAULA ¡Mi esposo, sí; al que tantas veces he llorado!

JUAN (Aparte.) ¡Oh!... ¡Mi castigo! ¡Mi expiación!

JUA. ¡Juanillo, que ya conoce su mayor desgracia, y que sólo desea besar por última vez á sus hijos para marchar errante por la senda del sufrimiento! ¡El que no tiene derecho á pedir ni exigir nada! ¡El que oculta su verdadero nombre: el que con lágrimas en los ojos pide á usted su mano para regarla con el llanto de agradecimiento por el bien y cariño que á mis hijos les dispensa! ¡El que se arrancará el corazón antes que impedir que usted sea feliz y dichoso! ¡¡Ese soy yo!!

PAULA ¡Juan, mira que tu sufrimiento aumenta el mío!

JUAN (Aparte.) ¡Mátame, Dios mío, y no me sujetes á tan duras pruebas!

JUA. ¡Sí, me iré; me iré bendiciéndoos á todos!

JUAN (Dirigiéndose puerta fondo.) ¡No, no te irás, Juan, sin que antes sepa todo el mundo quién eres! (Intentando cerrar la puerta.)

PAULA (Suplicante al señor Juan.) Juan, por la memoria de tu padre, ¿qué pretendes? ¡Mira que es el padre de esos inocentes seres!

JUAN (Cerrando la puerta y llevándose la llave.) ¡Ahora, eres mío!

PAULA ¡Juan, sálvate!... ¡Huye, esposo amado!... ¡Miserable, yo te desprecio! (Por el señor Juan.)

JUA. ¡No; me quedo! ¡Para que quiero la vida sin vosotros! ¡Carga pesada que no podré llevarla sobre mis hombros mucho tiempo! ¡Brindé á ese hombre con la felicidad que tanto le envidio y la desprecia?... (Cogiendo la navaja del suelo.) Pues bien; ¡que venga por ella, que me la jugaré bien cara á costa de la vida que me estorba!

PAULA (Abrazándose á Juanillo.) ¡De aquí no me ha de separar nadie! ¡Iré contigo donde vayas y ni la justicia ni las leyes, ni los hombres podrán contrariar mi voluntad! ¡Tuya soy por mandato de Dios! ¡Quién podrá separarme de tus brazos!

JUA. ¡Nadie! ¡Yo te defiendo! ¡Somos dos cuerpos en un alma; de vivir muriendo en una cárcel, prefiero recibir tu último beso, tu última mirada, tu última sonrisa! De aquí me llevarán tan solo muerto.

PAULA ¡Y á mí contigo, Juan de mi alma!

ESCENA IX

DICHOS, SEÑOR JUAN y DOS GUARDIAS

JUAN (A los Guardias.) Ese hombre que ven ustedes ahí, es Juan Díez del Río, acusado de homicidio en la persona de don José Luján, cuyo

cadáver se encontró hace cinco años traidoramente asesinado cerca de este sitio.

JUA. ¡Miserable! ¡Puedes estar orgulloso de tu obra!

PAULA ¡Traidor, infame, gózate con lo que haces; pero que se acercen y verán lo que vale una mujer!

JUAN Pero ese hombre que la justicia humana sentenció á veinte años de presidio, *¡es inocente!* El que asesinó cobardemente al señor Pepe, ¡fuí yo! ¡Cúmplase la ley y la voluntad de Dios!

GUAR. ¿Cómo?

JUA. ¿Usted?

PAULA ¡¡Tú!! ¡Dios santo!...

JUAN ¡Sí; yo: que obcecado, loco por una pasión, los celos movieron mi brazo convirtiéndome de hombre honrado en criminal! ¡La conciencia ha vencido al egoismo! ¡Me uní á Paula por acallar mis remordimientos y remediar en parte el daño que causé; pero la Providencia ha dispuesto que hoy confiese mi delito! ¡¡Juan, Paula, perdonadme!! ¡¡Vivid felices y rezad por mí!! ¡¡Todo para vosotros!! (A los Guardias.) ¡Cúmplase la ley! ¡¡Prendedme!!

PAULA ¡Juan! ¡Juan! (Siguiéndolo.)

JUAN (En la puerta.) ¡Paula! ¡Juan! ¡perdón! ¡¡Adiós para siempre!! (Marchan.)

PAULA (De rodillas ante la virgen.) ¡Madre mía, perdonadle!

JUA. (Quitándose la boina.) ¡Gracias, Dios mío! ¡Cuán grande es tu poder y cuán hermosa tu justicia! (Telón.)

FIN DE LA OBRA

3 0112 115869171

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: DOS pesetas